

Libertadores de



sueños

Sara Fernández Otálora

Tenía que pensar en el titular de esa nota, pero aún no lo tenía. Había perseguido escribirla durante toda su vida y aun así nunca se le ocurrió probar cómo llamarla.

“Isabel, rápido, la crónica para la web”, le escribían desde el grupo de WhatsApp de la redacción mientras intentaba asimilar que su equipo iba a alzar la Copa Libertadores de América.

“Exceso de copas”, probó, pero lo descartó porque un campeonato nunca está de más, aunque hubieran ganado cinco en los últimos tres años. “Conquista libertadora”, muy repetido; un simple “¡Campeón!” ... no, demasiado simple para la hazaña. ¿Cómo llamar al momento más glorioso de su existencia?

Su celular zumbaba, pero ella no respondía. No quería pensar en que tenía que nombrar ese instante. Enfrente, el estadio Centenario de Montevideo esperaba el sublime momento que todos los fanáticos anhelan: esa copa, la de la cruz en medio de una esfera, alzándose victoriosa en las manos del capitán de tu escuadra.

“No me morí sin vivirlo”, pensó. Era su mayor miedo y lo había vencido. Lo que alguna vez sintió antes de esa tarde de noviembre no existió.

Esto era el nacimiento de sus emociones, porque hasta ese momento, a sus 36 años, no había experimentado la verdadera dicha.

—¿Necesitai ayuda?—, le preguntó un locutor de radio chileno, interrumpiendo la introspección que hacía mientras miraba a los jugadores abrazarse tan eufóricos como cansados por proteger ese 1-0 a partir del minuto 55.

—No, tranquilo. Estoy bien.

—Pero estai llorando arrodillada.

No se había enterado, pero llevaba, desde que pitó el juez, cinco minutos con las rodillas en el suelo, las manos en su pecho justo en el escudo que llevaba bajo el abrigo y la cara inundada de un llanto perpetuo.

¿Por qué lloraba si era su mejor día? “Por lo que pasamos antes de llegar aquí”, se respondió y revivió en su mente el mediodía del 8 de febrero de 2018, cuando en la sala de cuidados paliativos de una clínica al sur del Cali le prometió a su abuelo convertir en filosofía lo que él había multiplicado en ella. “El equipo nos va a mantener unidos aunque no estés, viejito. Te lo juro”, le dijo tomada de la mano de ese cuerpo que no la miraba y que veinte minutos después cesaría toda actividad.

No era muy cercana a su abuelo. Contaba sin pena que solo hablaban si el tema era su club. Había sido el tiempo necesario para heredar el amor y el criterio de exigir siempre un plantel a la altura de su historia. “En este equipo jugaron ‘El Pibe’, ‘El Tigre’, ‘Galligol’, Redín, Zape, Miguel Escobar, ‘El Tola’... ¿por qué se conforman con esos muchachitos de ahora?” le repetía cada que tenía oportunidad. Ella solo atinaba a mover la cabeza de arriba abajo, dándole la razón.

Fueron juntos a la cancha una sola vez por iniciativa de Isabel. Fue la mejor noche que pasaron, y la única. Nada los unía como el fútbol y ella lo sabía, por eso en esa tarde la victoria los había encontrado de nuevo, aunque solo fuera en recuerdos.

A la memoria la detuvo un mensaje en su celular de Enrique, su compañero y amigo, que sabía por qué Isabel llevaba cinco minutos sin enviar un adelanto del trabajo para el que había sido enviada a Uruguay. “Voy a decir que ya me mandaste la nota para la web y que en media hora enviás la del impreso. Que llegue en ese tiempo, por favor”, decía.

No quería fallarle a Molino, como le decía por su apellido Molina. Él había sido su cómplice en los últimos tres meses intensos que vivió cubriendo a su equipo en la Libertadores. La hazaña en Avellaneda al remontar la serie cuando perdieron de locales 2-1 contra Independiente en octavos de final, el Mineirao con un justo 1-0 en cuartos ante Cruzeiro y el pase a la final por

penales logrado en casa ante el mejor Olimpia de Paraguay que el continente había visto, había podido vivirlos desde el periodismo gracias a él, que hincha del rival de patio, le repetía “yo quisiera que vos hicieras lo mismo por mí” cuando ella le recalca la pena que le daba que se doblara en trabajo mientras vivía esta locura.

—Lo estoy intentando, Molino, pero no sé escribir, le contestó

—Pero si me estás escribiendo jajaja, sé que querés irte a festejar, pero acordate que ese fue el trato—, replicó Enrique.

—Sí, sí sé poner letras juntas, Moli, pero de todo lo que aprendí nada me enseñó cómo se redacta la absoluta felicidad.

En cancha los jugadores seguían festejando entre ellos mientras la organización montaba el escenario para entregar la Copa. Presentadores continuaban el cubrimiento, fotógrafos captaban cada instante, las radios seguían alabando la letal delantera hecha en la cantera que los había sacado campeones y ella intentaba poner una sola letra, la primera que le daría apertura al texto por el que alguna vez se inscribió en la Facultad de Periodismo.

—Yo voy a escribir ahí el campeonato del Cali en Libertadores, papá—, le decía a su viejo cada domingo, cuando él leía el diario de la ciudad junto a ella. “Entonces ese día no lo compro”, le respondía bromeando.

Esa tarde lo recordaba más que nunca. No iba a tener que comprarlo,

“Nada los unía como el fútbol y ella lo sabía, por eso en esa tarde la victoria los había encontrado de nuevo”



porque ella le pagaba la suscripción. Era una especie de redención por haber invertido cada centavo en su educación y, en medio de la carrera, haber aguantado tantas críticas de toda la familia -sobre todo de su esposa- por su permisiva forma de actuar frente a la rebeldía de Isabel con su naciente, pero exponencial pasión por viajar detrás de su equipo.

—Es buena estudiante, no la molestés, Piedad—, argüía cuando la Señora -como la llamaba- intentaba contar con su ayuda para reprenderla porque se había escapado un par de días a algún estadio del país. “Al mundo le falta salirse un poco de las reglas para ser feliz, seño”, le respondía sumido en su particular tranquilidad cuando le cuestionaba si tener las mejores calificaciones era argumento para ser tan desobediente.

Bancaba a su hija como a nadie, porque él hubiese querido ser todo eso. Isabel lo sabía y por eso, seis mañanas antes de la final en Montevideo, Juan Carlos encontró en el periódico del día dos boletas a la final y un corto mensaje: “no vas a comprar el periódico al otro día, porque nadie te lo tiene que contar. Lo vas a vivir”.

Viajaron tres: ella, el viejo y su primo inseparable, con el que vivió los últimos 200 partidos del club. A Isabel no le gustaba ir a la cancha acompañada, solo lo hacía si iba con Daniel o con Juan Carlos. Ahí, en la tribuna suroccidental, le había contado sus penas y secretos, lo había escuchado y regañado muchas veces,

pero sobre todo le había confesado los sueños guajiros que tenía desde que se enamoró del Cali. Por eso no dudó en llevarlo, habían soñado ese día en cada jornada que compartieron.

—¿Vos te imaginás ser campeones de la Libertadores?—, imaginó en voz alta en una noche de octubre de 2013.

— No, Isabel, con el Chucho Arrieta de delantero no me lo imagino —, respondía Daniel mientras perdían 3-0 contra el Huila en una campaña en la que casi tocan el descenso.

—Yo no me puedo morir sin virlo, parece—, fue al primero que le confesó su miedo.

— No, y yo menos, pero tenemos que ser conscientes de que es lo más probable que nos pase. Somos vos y yo, lo más mala suertudo que existe—, él le recordaba entre risas siempre que tenían esa charla.

Y no mentía, porque les había ido mal en el amor, el dinero y hasta en el trabajo, pero ahora quedaba claro que, al menos en el fútbol, tuvieron revancha y eso era suficiente para sentir que la vida había valido cada desgracia.

—No nos morimos—, le leía en los labios cuando lo encontró junto a su papá en la tribuna que quedaba abajo de la zona de prensa. Estaban tan extasiados como ella. —Y ya no necesitamos vivir más—, le respondió Isabel entre señas.

La interrumpió un nuevo mensaje en el celular. —¿Listo?—, Enrique de nuevo. Nada estaba listo, pero esos diez minutos de recuerdos le habían servido para tener al menos una idea:

las intimidaciones en la oficina del director intentando convencerlo de que este partido había que cubrirlo, la pelea con la Señora por la hipertensión del viejo que podría empeorar por lo que iba a vivir en Montevideo, la esposa de Daniel a punto de dar a luz y enloquecida porque él se iba justo en la semana del parto, la abuela llorando de nuevo después de revivir los recuerdos cuando le fue a pedir la camiseta que el abuelo utilizaba para los partidos importantes... Eso era la Copa Libertadores: la gente y lo que hace por verla y vivirla.

Empezó a redactar. Eso sí, lejos de lo que fuese una crónica de un periódico imparcial y mucho más cercana a un diario íntimo: “Hoy no es el día más feliz de mi vida. Es el primero. Hoy supe qué es vivir...” fueron las primeras palabras de una nota que, por primera vez, y única, le dejaron firmar como Isabel Hurtado, enviada especial e hinchita incansable del Deportivo Cali, y a la que tituló ‘Libertadores de sueños’. ●